

LAUS BOLETIN DEL ORATORIO DE ALBACETE

ENERO

4

1960

LA UNION DE LOS CRISTIANOS

Todos los años, los cristianos de todo el mundo, católicos o no, dedican un Octavario de súplicas al Señor, para que se logre la Unión de las Iglesias. Tiene lugar del 18 al 25 de enero, y es como un eco de la festividad de la Epifanía, en la que se celebra la manifestación de Cristo a los gentiles, porque vino al mundo, no sólo para ser adorado por los judíos, sino de todas las naciones de la tierra, representadas en los Magos que acudieron de lejanas tierras a rendirle homenaje.

Tanto dentro de la Iglesia Católica, como fuera de la misma, existen almas de buena voluntad que desean la unidad de todos los cristianos y que ruegan y trabajan para hacerla efectiva, porque consideran que es el mayor escándalo, para los que aún no han recibido a Cristo por la fe, el espectáculo de los que dicen profesarla y permanecen separados, impidiendo la unión suspirada por el mismo Jesucristo: «¡Padre: que sean todos una misma cosa, como tú en mí y yo en ti, y así el mundo crea que tú me has enviado!» (Jn. XVII, 21).

¿Qué podemos y qué debemos hacer nosotros, los católicos, para que se acerque el momento de la deseada unión? Sin excluir las obras que el celo apostólico personal y organizado pueda sugerir, hay algo primordial de lo cual nadie puede

inhibirse y que es requisito indispensable para que Dios bendiga nuestro celo, y es que seamos precisamente nosotros, los católicos, los que demos cada vez mayor ejemplo de unión y de amor unos con otros. «Ved cómo se aman», decían de las primeras generaciones cristianas los paganos que les observaban, y era éste el mayor argumento de proselitismo. Cristo también había dicho que la autenticidad de sus verdaderos seguidores se conocería por el amor que entre ellos reinara. Y estamos mayormente obligados a este amor, porque poseemos la seguridad de la verdadera fe en Cristo y tenemos vida en El, por la gracia, lo cual nos da ventaja sobre los no católicos y aumenta igualmente nuestra responsabilidad en el ejemplo que hemos de dar a ellos y al mundo.

Para que venga a nosotros el reino del Padre, es preciso que todos los que se llaman cristianos hallen su unidad en el seno de la Iglesia. De poco nos serviría pedirle a Dios la vuelta de tantos hermanos separados si, al mismo tiempo, no le pidiéramos perdón por nuestras infidelidades, que impiden ver a los cristianos separados, el verdadero rostro de la Iglesia de Cristo. Y si, al mismo tiempo, no nos esforzáramos para que el amor cristiano sea cada vez más sincero y mayor entre nosotros mismos, con el fin de que el mundo crea y no siga turbado por la desunión de los cristianos.

La unión de éstos sería el paso decisivo para la integración de todos los hombres en la fe y en el amor del que, siendo Dios, no desdeñó asumir nuestra naturaleza, con el fin de darnos la mayor prueba de caridad, entregando su vida por amor a todos y para que todos fuésemos salvados.

«Si el saber que existen 150 millones de orientales separados y 250 millones de protestantes nos deja insensibles, debemos pensar que nuestro catolicismo está muerto o en trance de morir».

ARTURO, OB. DE ALBACETE

EL PAPA DE LA UNIDAD

Se dirá de nuestro Papa Juan XXIII que es el Papa de la Unidad, porque desde el inicio de su pontificado ha descubierto el gran deseo de su corazón y ha abierto los brazos a todos los que invocan a Cristo, pero están separados de su verdadera Iglesia. Un ejemplo inconfundible de este celo pastoral es su encíclica «Ad Petri Cathedram», de 29 de junio de 1959, de la que damos el siguiente fragmento:

A vosotros, que estáis separados de esta Sede Apostólica, permitid que con ardiente deseo os llamemos hermanos e hijos; permitidnos que nutramos la esperanza de vuestro retorno. Nos dirigimos a vosotros con la misma solicitud pastoral y las mismas palabras con las que el obispo de Alejandria, Teófilo, en el trance de un doloroso cisma que laceraba la vestidura inconsútil de la Iglesia, se dirigía a sus hermanos e hijos en la fe: «Puesto que todos participamos de una misma vocación celestial, imitemos, cada uno de nosotros y según nuestras propias fuerzas, imitemos a Jesús, autor de esta salvación nuestra. Abracemos la unidad que eleva los ánimos y la caridad que nos une a Dios, y creamos firmemente en los divinos misterios. Evitad toda división, evitad la discordia!.. Ayudaos unos a otros con recíproca caridad: haced caso de las palabras de Cristo: en eso conocerán que sois mis discipulos».

Considerad que nuestra amorosa invitación a la unidad de la Iglesia, no os llama para que vengáis a una casa como forasteros, sino como a vuestra casa propia y común casa paterna. Nos dirigimos a todos los que están separados de Nosotros, como a hermanos... Conocemos lo poco que vale Nuestra persona que Dios, no por Nuestros méritos, se ha dignado elevar a la dignidad de Sumo Pontífice. Por esto a todos Nuestros hermanos e hijos separados de esta Cátedra de Pedro, les repetimos estas palabras: «Yo soy José, vuestro hermano» (Gen. 45, 4). Venid, «comprendednos» (2 Cor. 7, 2); no queremos otra cosa, no deseamos nada más, sólo pedimos a Dios vuestra salvación, vuestra eterna felicidad. Venid, que de esta suspirada unidad y concordia, que debe nutrirse de la caridad, surgirá una gran paz: aquella paz que sobrepuja a todo sentido, a la que se refiere s. Pablo, porque es paz que desciende del cielo; aquella paz anunciada a los hombres de buena voluntad y que Cristo ha dado a los hombres, con estas palabras: «Os dejo mi paz, os doy mi paz; os la doy, no como la da el mundo».

Paz y alegría; sí, también alegría, porque realmente los que pertenecen efectivamente al Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia Católica, participan de la vida que se difunde, desde la divina Cabeza, que es Cristo, hasta los miembros. Y por esto los que observan los preceptos y mandamientos de nuestro Redentor, incluso en esta vida terrena pueden disfrutar de la alegría que es auspicio y preannuncio de la felicidad eterna.

UT SINT UNUM

*del libro MEDITATIONS AND DEVOTIONS, del
Cardenal J. H. Newman, C. O., fundador del
Oratorio de Birmingham.*

Oh Señor Jesucristo, en la hora del supremo dolor, tú rogaste por todos los que serían tus discípulos, hasta el fin de los tiempos.

Tu pedías que fuesen una sola cosa, como tú eres en el Padre, y el Padre es en tí. Inclina tu mirada piadosa sobre las numerosas divisiones que separan entre sí a los mismos que profesan la fe en tí, y cura la multiplicidad de heridas que el orgullo de los hombres y las argucias del demonio han abierto en la sociedad de los que te siguen. Derriba los muros que separan a los cristianos unos de otros. Ten compasión de las almas que han nacido en alguna de estas confesiones que no han surgido por obra tuya, sino de los hombres. Libera a los que están como aprisionados en estas formas de culto equivocadas, y llévalos y reconcílios con la única comunión de fe que tú mismo estableciste desde un principio en tu Iglesia: una, santa, católica, apostólica.

Enseña a todos los hombres que la sede de San Pedro, la Santa Iglesia de Roma, es el fundamento, el centro y el instrumento de la unidad.

Abre sus corazones a esta verdad, de tanto tiempo olvidada por muchos de los que creen en tí, y vean que el Papa es tu Vicario y Representante, y que obedecerle a él, en materia de religión, es lo mismo que obedecerte a tí. Y así, del mismo modo que en el cielo reina una sola sociedad santa, también aquí en la tierra, una sola inmensa comunión de almas confesará y glorificará tu santo nombre.

LA UNION Y LA BIBLIA

De tantos pasajes de la Sagrada Escritura, en los que fulgura la luz divina que señala, a todos los hombres, la ruta de la vida y de la gracia hacia el reino de Cristo, que es su Iglesia, entresacamos estos lugares, que merecen ser leídos y meditados atentamente:

*Salmos 2, vv. 9-10.
Juan, c. 17, vv. 6-26.
Efesios, c. 4, vv. 1-7, 13-16.*